

ETIOPIA: FINAL DEL REINADO DE HAILE SELASSIE

(y III)

Comenzaba el año decisivo, 1974, con la noticia del recrudecimiento de la guerra en Eritrea. Un comunicado del FLE—difundido el 2 de enero—establecía el balance de los éxitos conseguidos durante el anterior mes de diciembre: 15 oficiales y soldados muertos durante un ataque al cuartel general de Asmara, así como la muerte del coronel Ketama Darma y cuatro oficiales, el día 14, al ser derribado por los guerrilleros, en Guinda, el helicóptero en que viajaban. La radio de Addis Abeba confirmaba estas aseveraciones, con lo cual resultaba evidente que los golpes del FLE lograban cada vez mayor audacia y efectividad. Todo inducía a pensar que los rebeldes eritreos habían alcanzado un alto grado de entrenamiento en la guerra subversiva y esta palpable realidad favorecía el larvado malestar que se apreciaba entre las fuerzas armadas imperiales.

El comunicado del FLE se refería también al hambre que reinaba en Etiopía, afirmando que «el pueblo eritreo no se dejara encerrar en los recintos para hambrientos que erigía el Gobierno de Addis Abeba». La cuestión, de capital importancia, continuaba promoviendo la airada protesta de los estudiantes que intentaban llamar la atención de la opinión pública sobre la gravedad de la situación alimenticia. Pero las autoridades, con indudable falta de tacto, procedieron a la detención de los estudiantes más significados logrando solamente extender la agitación. Ya a finales de diciembre de 1973 el ejército se había visto obligado a disparar sobre los estudiantes, produciéndose varios heridos.

Tardíamente organizados—en virtud de la demora etíope en informar al mundo sobre la catastrófica situación—, aflúan los socorros internacionales a los puertos y capitales de provincia, pero su distribución carecía de agilidad en momentos tan dramáticos. El director general del Departamento de Ayuda y Cooperación de la CEE, H. B. Krohn, a su llegada a Addis Abeba, manifestaba que la ayuda en cereales de los países comunitarios pasaría de 5.000 toneladas en 1973 a 20.000 en 1974. Mediante estas

ayudas se conseguía mitigar los estragos. El enviado de *Le Monde* comprobaba que «en el viejo hospital de Asfa Wossen, de Desié, donde existen aún unos dos mil refugiados, no mueren más que dos o tres personas semanalmente. Otros 17 centros "de albergue" como éste funcionan en las dos provincias de Wollo y de Tigré para veinte mil siniestrados»¹. Allí se distribuían alimentos y se había conseguido contener los brotes de epidemias. Los equipos médicos internacionales verificaban una positiva labor de ayuda.

La llegada de médicos extranjeros para socorrer a los damnificados permitía conocer ciertos aspectos, particularmente repulsivos, de la gran catástrofe. El testimonio de los doctores revelaba una feroz insolidaridad de las clases encumbradas, dirigentes, hacia el pueblo llano, especialmente el mísero campesino, víctima principal de esta situación excepcional. Los terratenientes—según fidedignos testimonios—habían almacenado suficientes reservas para no verse afectados en su nivel alimenticio y habían contemplado impávidos la muerte de sus campesinos sin haber aportado ningún socorro, disponiendo de reservas para varios años.

Un análisis objetivo de todos los antecedentes establecía la conclusión de que la persistencia del vetusto régimen feudal bloqueaba cualquier solución para el futuro. El lamentable estado de cosas que persistía en Etiopía era el producto de un sistema arcaico incapaz de adaptarse a las realidades actuales. Por otra parte, también se demostraba que los políticos y los terratenientes que encarnaban la representación de ese régimen eran los máximos culpables de la gran tragedia que vivía el país. Esas mismas deducciones se habían abierto paso en la mente de ciertos jefes y oficiales del ejército, de los intelectuales y de los estudiantes, que se mostraban cada vez más alborotados.

El anuncio de la reforma de la enseñanza producía el descontento del profesorado y de los estudiantes que se declaraban en huelga el 18 de febrero; el aumento en el precio de los carburantes desencadenaba, a continuación, el paro de los taxistas; también los empleados de los transportes públicos adoptaban idéntica resolución, con lo que se paralizaba prácticamente toda actividad en la capital. El encarecimiento de los alimentos provocaba, a su vez, el descontento de grandes masas de la población, especialmente de las multitudes que procedentes de los medios rurales se habían

¹ J. C. GUILLEBAUD: «Ethiopie: histoire d'une famine (I). Des taches sur la couronne», *Le Monde*, 16 de enero de 1974.

refugiado en Addis Abeba, huyendo del caótico panorama que ofrecía el campo, donde se había producido la desaparición de la mayor parte de la ganadería y donde inmensas extensiones de terrenos laborables permanecían sin cultivar o se habían transformado en eriales improductivos. Todas estas causas tan diversas, actuando de forma concomitante, habían llevado la tensión a un punto álgido.

Durante la noche del 21 al 22 de febrero, un comunicado gubernamental indicaba que «la policía ha recibido orden de disparar directamente sobre los promotores de disturbios». En la mañana del 22, las escasas personas que circulaban en la capital comprobaban que los agentes patrullaban provistos de armas automáticas en vez de los habituales bastones. A pesar de las precauciones adoptadas, se producían sangrientas manifestaciones en Addis Abeba y las tropas abrían fuego sobre la muchedumbre. El mismo día 22, Tesfaye Gabre, ministro del Interior, admitía que por lo menos tres personas habían muerto a consecuencia de los choques y que habían sido detenidas más de un centenar.

El Gobierno imperial no podía disimular la gravedad de la situación y, por otra parte, se mostraba incapaz de adoptar las radicales resoluciones que requería el momento. Esta fue la ocasión que aprovecharon las fuerzas armadas para tomar cartas en el asunto. El 26 de febrero se amotinaba la II división, acantonada en Asmara, pretextando una reclamación de aumento de haberes. Al día siguiente, el primer ministro, Habte Wold, presentaba al emperador la dimisión de su Gabinete. Era un gesto destinado a apaciguar a los rebeldes, pero resultó infructuoso, ya que el día 28 la sublevación se extendía a Addis Abeba, donde las tropas de la IV división ocupaban todos los puntos estratégicos. Ese mismo día, el negus nombraba primer ministro a Endalkachew Makonnen, después de que helicópteros militares sobrevolasen la capital lanzando octavillas en las que se agradecía a Haile Selassie haber aceptado la dimisión del Gabinete que «desde hace años olvidó sus responsabilidades». Simultáneamente se distribuía una proclama en la que la IV división «afirma su apoyo a las unidades del ejército del norte de Etiopía». Toda Eritrea estaba controlada por los amotinados, así como la base naval de Massaua, ocupada por los marinos sumados a la rebelión, y la aérea de Debre-Zeit, a 50 kilómetros de la capital. El emperador, tratando de calmar los ánimos, anunciaba el aumento del sueldo de los militares en un 25 por 100. La maniobra no tenía éxito porque, simultáneamente, llegaba la noticia de que la III divi-

sión—estacionada en Harrar y encargada de la protección de la frontera con Somalia—hacía causa común con los sublevados.

A pesar del cambio de Gabinete y de que el nuevo primer ministro, Makonnen, gozaba fama de ser un hombre de ideas liberales², ya no se restablecía la situación anterior a la sublevación. Los militares amotinados hacían saber, con claridad, que aspiraban a que se implantasen profundas reformas en el país.

El 1 de marzo, las tropas se veían obligadas a dispersar, con energía, dos manifestaciones antagónicas, desarrolladas en las calles de la capital. Los estudiantes, en una de ellas, se declaraban hostiles a Makonnen. En la segunda, los partidarios del nuevo primer ministro, le aclamaban. Habían comenzado también las detenciones. Los soldados arrestaban al ex primer ministro Habte Wold y a varios miembros de su Gabinete. En Asmara eran encarcelados numerosos notables, altos funcionarios y terratenientes. El nieto del emperador, comodoro Iskander Desta, había huido a Yibuti a bordo de una cañonera.

Ese mismo día, 1 de marzo, el Alto Mando etíope daba su conformidad al nombramiento de Makonnen y de su Gabinete. Al propio tiempo, los amotinados comenzaban a disminuir su control en los centros urbanos, desapareciendo las patrullas que recorrían las calles y los destacamentos que vigilaban el aeropuerto. Addis Abeba recuperaba su fisonomía normal y se llegaba a suponer que el grave episodio había terminado. Corroboraba esta impresión la liberación de muchos detenidos, que la IV división evacuase los edificios públicos y que la policía recuperase la exclusividad en la tarea de mantener el orden.

Estos hechos, bien visibles, suscitaban la perplejidad. Parecía increíble que las fuerzas armadas se hubieran lanzado al motín para conseguir, tan sólo, dos objetivos realmente insignificantes, como eran la sustitución del primer ministro y la exigua elevación de sus sueldos. La marcha atrás del ejército parecía entonces inexplicable.

² Endalkachew Makonnen había nacido en Addis Abeba en 1927, estudiando en la capital y en las Universidades británicas de Exeter y Oxford, donde obtuvo, en 1950, el diploma en Ciencia Política, Filosofía y Economía. Habiendo ingresado en la carrera diplomática, fue viceministro de Asuntos Exteriores en 1954. Participó en la Conferencia de Bandung y en la de Londres sobre el canal de Suez. Posteriormente fue embajador en Londres, ministro de Comercio e Industria y, de 1966 a 1969, representante permanente de Etiopía en las Naciones Unidas. Estaba considerado como hombre de ideas liberales moderadas.

Más tarde, con la perspectiva que proporciona el tiempo, se ha comprobado que la insurrección había tropezado con un obstáculo imprevisto: el prestigio del emperador. A pesar de sus culpas y errores, Haile Selassie conservaba incólume el respeto de las masas rurales y provinciales. Adoptando una actitud demasiado severa, el ejército se arriesgaba a tener que enfrentarse a una insurrección popular que incluso hubiera podido desembocar en una desmembración del Imperio, frágil y heterogéneo conjunto, cuyo vínculo de unión era la Corona. Las fuerzas armadas habían comprobado—durante esos días—que millares de campesinos armados, pertenecientes a la *Beherawi Tor* (fuerza nacional), estaban dispuestos a combatir en favor del emperador y que prominentes miembros de la nobleza provincial se aprestaban a armar mesnadas en sus respectivos feudos. Los gallas habían hecho saber su intención de marchar sobre la capital para salvar el trono. Todo esto representaba un obstáculo muy grande para las cuatro divisiones del ejército, que tendrían que combatir en un país tan extenso (1.232.300 Km²), al propio tiempo que tenían retenidos en Eritrea y la frontera somalí gran parte de sus efectivos. Los dirigentes militares habían comprendido la imposibilidad de enfrentarse abiertamente con el emperador en aquellos momentos en que éste conservaba su aureola, por lo que decidieron cambiar de táctica. Por otra parte, las fuerzas armadas no estaban unidas y distaban de mantener unos puntos de vista unánimes, existiendo discrepancias en su seno que habían cristalizado en la formación de dos facciones opuestas: los partidarios de la moderación y los decididamente revolucionarios. Estos factores impedían una acción momentánea capaz de permitirles asumir el poder absoluto.

Haile Selassie creyó que había consolidado su posición y mostraba una visible satisfacción cuando, el 2 de marzo, se trasladaba a la iglesia de San Jorge para asistir a la conmemoración del LXXVIII aniversario de la batalla de Adua, en la que el emperador Menelik había derrotado a las tropas italianas. A la derecha del emperador, casi como un desafío, se encontraba el ex primer ministro Habte Wold, liberado de su arresto. La corte imperial parecía haber triunfado definitivamente sobre el pronunciamiento militar. Los jefes del ejército se contentaban con reclamar a la Corona «profundas reformas», que el trono prometía llevar a cabo. La gran burguesía etíope lanzaba un suspiro de alivio al suponer que había terminado la desobediencia mientras que los estudiantes, el sector más politizado del país, se sentían «traicionados por los militares».

No obstante, la realidad permanecía inalterada porque no había des aparecido ninguna de las causas que motivaron el pronunciamiento: la economía, quebrantada; el Tesoro, exhausto; la población, empobrecida e indefensa ante el vertiginoso aumento de los precios, y, sobre todo, el dramático fantasma de los cientos de miles de etíopes que habían sucumbido de hambre, por la negligencia y el egoísmo de los funcionarios imperiales, y que parecían reclamar justicia.

El 5 de marzo, Haile Selassie pronunciaba por la radio-televisión su tercer discurso en quince días y en él esbozaba una serie de reformas de las instituciones, reformas que debería estudiar una conferencia constitucional, que presidiría el primer ministro, en el plazo de seis meses. Entre ellas figuraban: responsabilidad del primer ministro ante el Parlamento, garantías para los derechos cívicos del pueblo, reorganización y agilización del procedimiento judicial y defensa de los recursos del país.

En el fondo se trataba de tímidos ensayos reformistas, anunciados para complacer a los mandos militares. De haber sido propuestos espontáneamente por el emperador dos o tres años antes, a pesar de su escasa importancia, tal vez hubieran logrado calmar los ánimos. Pero ahora llegaban tarde, porque todo el mundo sabía que era una concesión arrancada por los militares levantiscos al emperador y que, aun así, no llegaba a contentarlos, porque éstos aspiraban a unas reformas más profundas. Makonnen, mientras tanto, trataba de ganarse la confianza popular, pero su libertad de acción quedaba recortada por el hecho de que, aun en aquellos momentos excepcionales, necesitaba la aprobación del emperador para cualquier decisión importante. Haile Selassie parecía haber perdido su proverbial sagacidad, puesto que para conservar inalterado su prestigio personal la solución más cómoda y eficaz hubiese consistido en dejar manos libres a Makonnen, desligando la Corona del Gobierno. Pero el emperador, que estaba acostumbrado a dirigir personalmente los asuntos públicos, no se resignó a ceder ninguna parcela del poder, lo que ha resultado funesto para él.

Los militares—si efectivamente poseían ese celo reformista de que hacían gala—tampoco podían sentirse satisfechos de que el primer ministro fuese responsable ante un Parlamento controlado por los latifundistas y feudales, que tenían bloqueada, desde hacía diez años, la reforma agraria. Si el Parlamento era un instrumento de las clases más reaccionarias no se resolvía nada, según los puntos de vista de la Junta Militar, con que el primer ministro tuviese que responder ante las dos Cámaras. Nada cambiaba el pano-

rama el hecho de que el negus, en su alocución, hubiese dado a entender que se reformaría el sistema electoral para «garantizar más ampliamente los derechos cívicos del pueblo». La posibilidad de que esto significase el paso a una monarquía constitucional, como se interpretaba jubilosamente en el extranjero, era muy escasa si se tiene en cuenta que el país seguía manteniendo unas estructuras feudales. Cualesquiera que fuesen las reformas que se introdujesen, los grandes terratenientes seguirían siendo elegidos para el Parlamento por una multitud de vasallos en cuya mente no había calado la idea de modificar el milenarismo estado de cosas. En las capitales, la situación era ciertamente distinta, pero esto no significaba nada en un país donde la inmensa mayor parte de la población se concentra en el campo y éste sigue siendo dominado por los *ras* y el clero copto, partidario del *statu quo*.

Puede comprenderse el disgusto de militares y estudiantes ante el limitado alcance de las reformas propuestas por el emperador. No había dedicado una sola palabra acerca de la reforma agraria o sobre una auténtica política social. Simplemente había enunciado unas vagas promesas que recordaban a otras formuladas en momentos de peligro y olvidadas después. En el seno de las fuerzas armadas, mientras tanto, se acentuaba la doble inclinación: los oficiales, impacientes, partidarios de una intervención inmediata para implantar reformas radicales, y los moderados, partidarios de evitar el derramamiento de sangre y que consideraban que se podría alcanzar el mismo objetivo procediendo con astucia. Ambos grupos estaban unidos en el descontento y la cólera y acabaron por aceptar una solución intermedia.

La primera medida consistió en desprestigiar a Makonnen, impidiéndole toda actuación. En los cuarteles circulaban octavillas que lo difamaban, junto a sus compañeros de Gabinete. Los cadetes de Harrar y los aviadores resultaban ser los más decididos revolucionarios. Estos últimos imprimían unas hojas que repartían en la Universidad para atraerse el perdido apoyo estudiantil: «No nos han comprado con el aumento de sueldo. Estamos con el pueblo y con los estudiantes.»

El 7 de marzo tenía lugar la primera huelga general en la historia del Imperio. Los dirigentes sindicales, no obstante, se negaban a organizar las manifestaciones que pedían los estudiantes. Estos, en número de varios millares, fueron los únicos que desfilaron por las calles de Addis Abeba. Por otra parte, la huelga no fue completa: muchos comercios abrieron sus

puertas y los taxis circularon normalmente. Los dirigentes sindicales se contentaban con solicitar el aumento de salarios y con reforzar su influencia.

Pero las circunstancias financieras no permitían adoptar ciertas resoluciones que proyectaba Makonnen. La crítica situación de la Hacienda pública se había visto agravada por la mala cosecha del café—que representa el 60 por 100 del comercio exterior—, reducida a la mitad por las adversas condiciones meteorológicas. El déficit comercial, que era de 166 millones de dólares etíopes en 1972, se había incrementado notablemente, y el primer ministro consideraba que sólo la ayuda norteamericana podría permitir superar la crisis.

El día 8 se llegaba a un acuerdo entre los Sindicatos y el Gobierno para poner fin a la huelga general. Se aceptaban las reivindicaciones salariales de los obreros, estableciendo un mínimo vital de tres dólares etíopes diarios, y se admitía la revisión de la legislación laboral. A pesar de ello, al día siguiente permanecían en paro algunos sectores: transportes urbanos, ferrocarriles, empresas de construcción, refinería de petróleo de Assab, cargadores de los muelles, etc. La razón de este fenómeno consistía en que los Sindicatos estaban divididos en dos sectores: uno que pretendía exclusivamente mejoras laborales y que, al haber sido atendidas, cursó la orden de reanudar el trabajo, y otro sector que sólo deseaba derribar al Gobierno utilizando la huelga como arma decisiva.

Es decir, que en aquellos momentos se habían confabulado contra el vetusto régimen los militares, los estudiantes y una parte no desdeñable de la clase trabajadora. En tales condiciones, el resultado de la pugna no podía ser dudoso y de nada servían las declaraciones formuladas por el emperador, el 11 de marzo, en una conferencia de prensa: «Las peticiones y los deseos de nuestro pueblo dictarán en el porvenir la actitud del monarca de Etiopía.» Resultaban tardías sus palabras en el sentido de que «debemos revisar la Constitución en función de una mejor eficacia administrativa y una mayor participación del pueblo en el desarrollo del país». Cuando así hablaba, acababa de terminar la huelga de cuatro días que había paralizado gran parte de la actividad etíope. Las negociaciones entre Makonnen y los Sindicatos habían sido difíciles y sólo se había llegado a una solución cuando el Gobierno aceptó todas las reivindicaciones.

Era una clara señal de la debilidad del Gabinete. Las octavillas y panfletos antigubernamentales seguían circulando sin que la policía se diera por enterada. Finalmente surgía otra escisión: la del clero. Los sacerdotes

de rango inferior se alzaban contra sus superiores y publicaban un manifiesto—titulado «La voz sacerdotal»—diciendo: «Los sacerdotes campestres³ ganan mensualmente tres dólares, mientras que un pequeño número de privilegiados ganan treinta»; para terminar pidiendo que los altos responsables del clero fueran destituidos y juzgados por los tribunales. Etiopía, en definitiva, se encontraba en plena efervescencia y todas sus estructuras se desmoronaban en medio de un clima general de subversión.

Los estudiantes quemaban públicamente una efigie de Makonnen y el ejército exigía que fueran juzgadas todas las autoridades acusadas de negligencia y corrupción. Lo que resultaba más grave para el régimen que representaba Haile Selassie es que comenzaba a agitarse el mundo campesino, saliendo de su letargo de siglos: se registraban manifestaciones en Jimma, Gondar y Sidamo.

A finales de marzo se observaba una agitación en el ejército que dejaba traslucir serias diferencias. El día 25 los paracaidistas rodeaban la base aérea de Debre Zeit para impedir una posible «aventura» de los elementos más extremistas del Ejército del Aire. La referida «aventura» consistía, según se supo más tarde, en proyectar bombardear el palacio imperial con la complicidad de una gran parte de los aviadores. Ese mismo día, destacamentos militares se desplegaban alrededor de la emisora de radio «La Voz del Evangelio», situada en la periferia de la capital. En Massaua, los marineros se negaban a obedecer a sus superiores. El día 26 eran detenidos 25 oficiales que habían participado en la sublevación de febrero. En el seno de las fuerzas armadas y de la policía se formaban comités destinados a la depuración de los jefes cuya autoridad no admitían los oficiales jóvenes. Se había llegado, pues, a una etapa claramente revolucionaria entre las fuerzas armadas, que sólo estaban unidas en cuanto a la exigencia de reclamar «el juicio de todos los antiguos ministros por su responsabilidad en el genocidio provocado por el hambre», y «garantías sobre la revisión de la Constitución y adopción de una reforma agraria total y rápida». Un memorándum, con caracteres de ultimátum, era entregado a Makonnen por una comisión militar.

El día 28 los estudiantes se manifestaban ante el Parlamento pidiendo reformas sociales y el juicio de los antiguos dirigentes, es decir, apoyando las demandas de las fuerzas armadas. El emperador, finalmente, se veía obligado a aceptar el nombramiento de una comisión encargada de investigar la corrupción administrativa.

³ Unos 300.000 en todo el país.

Haile Selassie había dado un paso decisivo para el porvenir del régimen, pero la caótica situación no le permitía otra opción. Aparte de la enérgica actitud de las fuerzas armadas y de los estudiantes, el Gobierno se veía enfrentado a un nuevo problema: la insurrección de los núcleos campesinos. La granja de un ex comandante de Aviación, en Meki, había sido arrasada por una multitud. A pocas decenas de kilómetros de la capital, el ejército disparaba y mataba a varios campesinos que habían incendiado las cosechas y las casas de los propietarios para protestar contra su explotación. La etnia Galla, integrada por unos diez millones de almas, se encontraba ya en plena revuelta y los campesinos de Tigré predicaban la secesión. En los choques entre campesinos sin tierra y los colonos resultaban muertas unas veinte personas. Los «comités revolucionarios» se habían adueñado prácticamente del campo.

Los últimos días de marzo Etiopía parecía abocada a una guerra civil. La radio de Asmara anunciaba, el día 29, que «una nación extranjera desea sumir a Etiopía en la guerra civil, pero el complot ha sido descubierto a tiempo». Según parece, cuatro aviadores de la base aérea de Asmara que intentaban huir en avión habían sido detenidos, resultando ser los dirigentes del fracasado complot. A su vez, el ministro de Defensa declaraba que en el seno del ejército existían «elementos extremistas» que intentaban «sembrar el desconcierto en beneficio de intereses egoístas». En Arba-Minch resultaban muertas varias personas durante una manifestación. Addis Abeba era un hervidero de pasiones. Aunque se habían reincorporado a sus puestos 18.000 maestros después de un mes de huelga, 150.000 alumnos en la capital y medio millón en provincias persistían en su actitud levantisca. En Jimma resultaban heridos tres estudiantes al disparar la policía cuando se manifestaban al grito de «la tierra para los campesinos». Los funcionarios municipales de Addis Abeba se declaraban en huelga y divulgaban los escándalos financieros y la corrupción de sus superiores y el ejemplo era seguido por los empleados del Ministerio del Desarrollo.

El Gobierno Makonnen revelaba su intrínseca debilidad cediendo a todas las exigencias. En el transcurso de un mes en Etiopía se había producido un vacío absoluto de poder. El Gobierno carecía de medios para hacer respetar sus decisiones y las fuerzas armadas estaban divididas en dos bandos rivales.

Este ambiente, tan profundamente turbado, resultaba particularmente idóneo para la acción del FLE, que multiplicaba sus golpes. En la noche

del 23 al 24 de marzo un comando armado atacaba la mina de cobre de Debarwa, en la región de Asmara, matando a dos centinelas. Otro comando secuestraba a cinco geólogos (tres norteamericanos y dos canadienses), pertenecientes a la compañía Tenneco Oil, cuando efectuaban prospecciones en las cercanías de Massaua. Otros golpes de mano se registraban en diversas comarcas, introduciendo un elemento suplementario de preocupación.

El ministro de Defensa y jefe del Estado Mayor del ejército, general Abiye Abebe, confirmaba, el 1 de abril, que la semana anterior había sido desbaratada una tentativa de golpe de Estado. Sus palabras resultaban particularmente elocuentes: «Ciertos elementos, presentándose como responsables del ejército, intentaban crear un clima de guerra civil y provocar enfrentamientos entre civiles y militares. En caso de fracaso estaban decididos a hundir el país en el caos. Han sido detenidos a tiempo.»

Por otra parte, comenzaba el ataque en regla contra los miembros del Gobierno precedente. Ese mismo día, 1 de abril, la Asamblea Nacional aprobaba una resolución pidiendo al Gobierno la destitución de todos los gobernadores de provincias «ineficaces e irresponsables». Este acuerdo se producía después de que tres diputados de la provincia de Wollo afirmasen que habían perecido 250.000 personas por hambre, a causa de la sequía. Estas declaraciones habían sido publicadas en el *Ethiopian Herald* y afirmaban que, «sin la impericia del antiguo Gobierno, nunca hubiera alcanzado tal gravedad la catástrofe». Según el diputado Fisseha Engida, la organización administrativa de socorro nunca actuó con seriedad. Todas las advertencias que él y sus dos colegas habían dirigido al Gobierno no fueron tenidas en cuenta. «Nos vimos obligados a esperar socorros que no llegaban nunca, puesto que el Gobierno daba muestras de una negligencia y una inhumanidad que deben revelarse a la faz del mundo», declaraba otro diputado, Abi Damtew. Este aseguraba que él y sus 25 colegas de Wollo habían acudido en varias ocasiones al Parlamento, mientras que el Gobierno desmentía que la sequía existiese realmente en esa provincia.

La Asamblea se había contagiado del nuevo clima y por eso, en la misma sesión, dirigía una moción al Gobierno señalando la contradicción entre «la libertad prometida al pueblo para que expresa sus deseos y sus quejas y las órdenes cursadas a las fuerzas de seguridad de disparar en todo el país sobre los manifestantes pacíficos», exigiendo, por unanimidad, que fueran revocadas esas órdenes.

El 3 de abril los paracaidistas ponían fin al bloqueo de Debre Zeit. El hecho era interpretado como un acuerdo entre las dos facciones militares para dar ocasión al Gobierno Makonnen de aplicar el programa reformista. Pero existían muchos sectores interesados en hacer fracasar la acción del primer ministro. Manifestaciones y actos violentos se sucedían en Addis Abeba y en las capitales provinciales. El 4 de abril millares de estudiantes se manifestaban en las calles de Addis Abeba, rompiendo escaparates y distribuyendo gratuitamente alimentos a los pobres. En Gondar se producía una manifestación contra la corrupción de los jueces. Seis personas eran muertas por la policía y otras resultaban heridas. Un juez era ahorcado por la multitud después de que hubiese absuelto a un hombre acusado de corrupción. Los campesinos gallas atacaban a los propietarios amharas y la Universidad volvía a cerrarse a consecuencia de una huelga de los alumnos, que solicitaban la puesta en libertad de los oficiales «activistas» detenidos los últimos días.

Todo parecía demostrar que las facciones opuestas en el seno del ejército no habían podido llegar a ningún acuerdo. Los oficiales «radicales» que no habían sido detenidos, que resultaban ser la mayoría, proseguían su acción subterránea y apoyaban activamente a los funcionarios de pequeña categoría que preparaban los expedientes de acusación contra los altos funcionarios. En Addis Abeba, 200 empleados del palacio imperial se manifestaban para reclamar la destitución de los dignatarios de la Corte y para pedir aumento de sueldo. La guardia personal del emperador se abstenía de dispersar a los manifestantes.

La crisis por la que atravesaba el país se agudizaba por el motín de las tropas en Harrar. El 7 de abril los militares tomaban el control de dicha ciudad, ocupaban la emisora de radio y exigían la dimisión del jefe adjunto de Estado Mayor de las fuerzas armadas, general Haile Baikegagne. El mando militar imponía el toque de queda «debido a la corrupción y al mantenimiento en sus puestos de los altos funcionarios criminales». «Es nuestro deber, como miembros de las fuerzas armadas, vigilar para que los criminales en el poder sean llevados ante los tribunales.» Desde hacía tiempo se sabía que en la academia militar de Harrar se encontraba, entre los cadetes, el mayor núcleo de oficiales «extremistas». El motín terminaba, al día siguiente, al dimitir el general Baikegagne. Quedaba demostrado que, en aquel clima de violencia, sólo el uso de la fuerza permitía el logro de cualquier aspiración.

Por ello no cesaban las huelgas. Los empleados municipales habían conseguido, al declararse en paro, la dimisión del alcalde de Addis Abeba. Todo el país estaba sacudido por los conflictos: los transportes públicos declaraban, por cuarta vez en un mes, la huelga. También estaban en paro los aduaneros, los empleados de Hacienda, etc.

El 13 de abril se confirmaba que en Yijiga había estallado un motín de algunas unidades de la III división, acantonada en el Ogaden para vigilar la frontera con Somalia. Los soldados detenían a sus oficiales y a numerosas autoridades civiles de la provincia. El gobernador de la misma quedaba en arresto domiciliario. Los soldados amotinados protestaban contra la «corrupción» de los grandes comerciantes y de las autoridades civiles que habían especulado con los precios de los cereales.

Al día siguiente, el emperador designaba «príncipe heredero interino» a su nieto el príncipe Zera Yacob, de veintidós años.

Otro nuevo factor de discordia se registraba el 20 de abril, cuando una imponente manifestación de musulmanes se desarrollaba ante la gran mezquita de Addis Abeba. Se calculaba que eran unos 50.000 musulmanes, apoyados por los estudiantes, los que se habían congregado allí para pedir la igualdad de derechos con los cristianos coptos.

El 26 de abril se iniciaba la primera fase del desenlace definitivo. Ese día el ejército comenzaba las detenciones de varios ex ministros, que eran conducidos, con escolta armada, al cuartel general de la IV división. Era una operación espectacular, en la que se movilizaron numerosos vehículos blindados y decenas de patrullas motorizadas. Todas las personas prominentes del antiguo régimen eran detenidas, después de que el soberano hubiese accedido al arresto de sus más antiguos y fieles servidores. También eran detenidos varios generales y oficiales superiores, algunos de los cuales se encontraban refugiados en el palacio imperial. El corresponsal de AFP señalaba que había sido testigo del arresto de varios oficiales de policía que fueron detenidos por sus propios subordinados.

Entre los detenidos figuraban: el ex primer ministro Habte Wold y varios miembros de su Gobierno—de los cuales algunos eran familiares del emperador—; el general Abebe Guemeda, comandante de la Guardia Imperial; el general Dubale, comandante de las fuerzas de Infantería; el general Haile Baikegagne, ex comandante de la III división, y el general Yima Sibeshi, ex comandante de la policía.

Esta acción confirmaba el triunfo de la tendencia radical de las fuerzas armadas, facción que venía preparando la depuración de las fuerzas armadas. Desde varios días antes se habían distribuido proclamas contra significados militares: al coronel Alem Tessema se le reprochaba haber ordenado la detención de los pilotos de la base de Debre Zeit y al oficial Guirma Fisseha se le censuraba haber afirmado la lealtad del Ejército del Aire al emperador, cosa que nadie le había «mandado» hacer. «Tenemos pruebas irrefutables de que Fisseha es un agente de la CIA.»

La segunda fase de este desenlace podemos situarla el 22 de julio, fecha en que los militares destituían al primer ministro y a nueve miembros de su Gabinete —así como a diversas personalidades⁴—, que eran sometidos los primeros días a arresto domiciliario, siendo internados el 1 de agosto en un campo militar. Otros 85 ex ministros y altos funcionarios estaban siendo juzgados por corrupción durante el ejercicio de sus funciones. Michael Imru era nombrado primer ministro, junto a un Gobierno que tenía todas las características de una transición.

Tras de esta acción, el antiguo régimen quedaba prácticamente liquidado. Todas las personas adictas al emperador estaban detenidas. Esos gobernantes eran ciertamente culpables de haberse enriquecido sin preocuparse de la espantosa suerte de sus compatriotas. Resultaba justo que se exigiera un castigo ejemplar por su egoísmo, incapacidad y conducta inhumana. El resultado era que el emperador, máximo culpable de esa situación, se veía aislado y a merced de la Junta Militar, que había venido recortando paulatinamente sus poderes, y que había visto desaparecer del palacio, para ser encarcelados, a sus hombres de confianza: los miembros del Consejo de la Corona, sus asesores políticos, los jefes de la seguridad pública, etc. Ahora Haile Selassie carecía de poder y sectores muy amplios de la población —que en febrero aún demostraban su adhesión al negus— habían pasado a compartir los puntos de vista de las fuerzas armadas, merced a la propaganda que éstas habían realizado para desprestigiar al monarca. Incluso le había fallado la última carta que pensaba utilizar para conservar su posición: la Iglesia copta, que se había fragmentado debido a sus pugnas intestinas.

Ahora se esbozaba la perspectiva del ataque directo al emperador. En un periódico gubernamental aparecía, a mediados de agosto, un artículo denunciando a Haile Selassie y pidiendo la abolición de la monarquía, a la que

⁴ Entre ellos, Abebe Retta, consejero imperial y yerno de Haile Selassie, y los generales Wolde Mariam, ex jefe de las fuerzas aéreas, y Tesesse Melke, ex comandante en jefe de la IV división. Otros detenidos eran fiscales y magistrados del Tribunal Supremo.

se atribuía la «decadencia» del país. Era un claro presagio de lo que iba a acontecer.

Efectivamente, el 12 de septiembre la Junta Militar anunciaba la destitución de Haile Selassie, la disolución del Parlamento y la preparación de una nueva Constitución⁵. La Corona era ofrecida al príncipe Asfa Wossen.

⁵ He aquí el texto: «Aunque el pueblo, de buena fe, haya considerado el Trono como el símbolo de la unidad, Haile Selassie I ha dañado la autoridad, la dignidad y el honor del Trono, usándolo para sus fines personales. Ha sumido al país en la miseria y la decadencia. Además, a sus ochenta y dos años, el monarca no podía soportar más tiempo la responsabilidad de su cargo. El sistema parlamentario actual no es democrático. Los diputados, hasta el momento, no estaban al servicio de la nación, sino de los aristócratas que se hallan en el poder. Esto ha impedido a los parlamentarios legislar sobre problemas nacionales fundamentales, como la reforma agraria, y han votado leyes que favorecen sus intereses, agravando la miseria del pueblo. La existencia de este Parlamento es incompatible con los objetivos de la consigna revolucionaria "Etiopía ante todo". Lo mismo sucede con la Constitución, rectificada en 1955, que fue redactada para asegurar al emperador poderes absolutos. La fachada democrática de esta Constitución estaba destinada a la opinión pública internacional. Esta Constitución no había sido concebida para el pueblo, sino para el emperador. La Constitución de 1955, en consecuencia, se opone fundamentalmente al movimiento popular actual, orientado hacia reformas económicas, políticas y sociales. El sistema feudal ha mostrado su nocividad en la gestión de los asuntos del país, conduciendo al caos económico, político y social. En consecuencia ha sido promulgada la siguiente declaración, estableciendo una administración provisional durante el período transitorio para el progreso del país y la seguridad del pueblo: Su majestad imperial Haile Selassie I queda depuesto a partir del 12 de septiembre. El príncipe heredero, Merid Azmatch Asfa Wossen, asegurará las funciones de rey de Etiopía.

La ceremonia de la coronación tendrá lugar al regreso del príncipe heredero.

El rey será un personaje honorífico y no tendrá ninguna autoridad sobre la administración y la política del país.

El Parlamento etíope, Senado y Cámara de Diputados quedan disueltos hasta la elección por el pueblo, democráticamente, de verdaderos representantes que sirvan los intereses del pueblo.

Queda suspendida la Constitución de 1955. Un nuevo proyecto de Constitución, considerado de urgencia por la Comisión militar, será promulgado después de que enmiendas que reflejen la nueva filosofía social, política y económica del país sean agregadas al proyecto actual.

La Comisión militar asumirá las funciones de gobierno y dirigirá al país hasta que el pueblo elija a los representantes legales, se adopte la nueva Constitución y se forme un Gobierno definitivo.

Todos los tribunales del país continuarán funcionando normalmente.

Está prohibido, mientras dure la aplicación de las medidas provisionales proclamadas hoy, oponerse a los objetivos de la filosofía "Etiopía ante todo", hacer la huelga, tomar parte en manifestaciones o reuniones públicas no autorizadas o intervenir en cualquier acto capaz de perturbar el orden público.

Se constituirá un tribunal militar especial para juzgar a quienes contravinieren las órdenes de la Comisión, e igualmente para juzgar a los anteriores y actuales miembros del Gobierno que puedan ser inculcados de corrupción o de tráfico de influencias. Las decisiones de este tribunal serán inapelables.

Todas las leyes existentes que no sean incompatibles con la revolución permanecen en vigor.

Esta proclama entra en vigor el 12 de septiembre de 1974. Firmado: La Comisión de las Fuerzas Armadas, de la Policía y del Ejército Territorial.»

Seguidamente el ejército cerraba todas las fronteras y confirmaba que permanecería en el poder todo el tiempo que fuese preciso. El general Aman Andom⁶, ex jefe del Estado Mayor y ministro de Defensa, se transformaba en el «presidente del Gobierno militar provisional».

Una de las primeras tareas que acometía Andom era la represión de la agitación social. El 24 de septiembre fracasaban las negociaciones entre los militares y los representantes sindicales. Aquéllos se negaban a poner en libertad a los dirigentes de la Confederación de Trabajadores que habían sido detenidos (Solomón, presidente; Gebre, vicepresidente, y Tekie, secretario general). La Confederación lanzaba la orden de huelga general para exigir la liberación de los detenidos, pero la Junta Militar advertía severamente a los «organizadores de tumultos y a los que quieren organizar huelgas», afirmando que Solomón «estaba ligado al antiguo régimen» y que sería juzgado «con sus dos cómplices».

Se había suscitado así un serio enfrentamiento entre los militares y los Sindicatos. El verdadero origen del mismo radicaba en el hecho de que el 16 de septiembre la Confederación hubiese reclamado la dimisión de la Junta Militar y la formación de un Gobierno Popular. Es evidente que los militares no hubiesen podido resistir la presión sindical si no se hubiese comprobado que los Sindicatos estaban desunidos. Así la orden de huelga general no era seguida y fracasaba. Un obstáculo mayor lo representaban los estudiantes, que se habían unido a las demandas sindicales de formación de un Gobierno civil.

Al propio tiempo se desarrollaba, a escala nacional, una campaña contra el emperador, que estaba sometido a arresto. Se le acusaba de haber enviado al extranjero —mientras morían de hambre y sed sus súbditos— 887.000 onzas de oro extraídas de las minas de Adola, en las que trabajaban miles de personas en un régimen parecido a la esclavitud. Se había llegado a saber que en los bancos suizos Haile Selassie había depositado una fabulosa fortuna, calculada en 15.000 millones de dólares. En virtud de tales antecedentes, divulgados con profusión, la radio y la prensa concedían gran atención a la exposición de los «escándalos financieros» del régimen imperial.

⁶ El general Aman Andom poseía una brillante hoja de servicios y gozaba de gran prestigio en el ejército. En la campaña contra Somalia, en 1964, derrotó en el Ogaden fuerzas enemigas muy superiores en número, y se disponía a marchar sobre Mogadiscio cuando recibió orden del emperador de renunciar a su proyecto por razones diplomáticas. Se le nombró senador y fue trasladado a Addis Abeba, donde permaneció hasta julio de 1974, en que fue nombrado jefe del Estado Mayor y ministro de Defensa en el Gabinete de Imru

El yerno del emperador, el ras Massai, se veía acusado de haber vendido, al final de la II Guerra Mundial, a una sociedad extranjera el cable submarino instalado por los italianos entre Massaua y Yibuti, aprovechando su condición de gobernador de Eritrea. Como consecuencia de todas estas revelaciones, millares de personas desfilaban por las calles de Addis Abeba al grito de «ahorcad al emperador y devolvednos nuestro dinero». Ese mismo día las tropas detenían a Asha Wolde-Mikael, ex ministro de Sanidad, uno de los últimos fieles del negus que aún permanecían en libertad.

El emperador era detenido, así como toda su familia, y trasladado a un lugar secreto, donde permanecen aún bajo custodia militar. Estos hechos no resultaban alentadores para el príncipe Asfa Wossen, que continuaba en Suiza reponiéndose de un ataque cerebral y que rehusaba regresar a su país. Los militares actuaban en consecuencia, y el 28 de octubre el general Andom declaraba que Wossen era simplemente un «sucesor temporal» de Haile Selassie y que sería el pueblo, por medio de un «referéndum», el que elegiría la forma de gobierno etíope, pronunciándose sobre el futuro de la monarquía.

* * *

Una nueva fase de la revolución tenía lugar el 22 de noviembre. Ese día era destituido de su cargo y colocado bajo arresto el general Aman Andom. La revolución militar etíope seguía así los mismos derroteros que anteriormente habían surcado la egipcia y la portuguesa. En las tres se había presentado el caso de que un núcleo de oficiales jóvenes, los verdaderos artífices de la revolución, habían surgido a la luz pública amparados bajo el prestigio de los tres generales más sobresalientes de sus respectivos ejércitos, lo que había permitido aglutinar en sus filas a otros elementos militares de variadas tendencias. Una vez conseguido el triunfo del golpe, y habiendo transcurrido el tiempo necesario para que los jóvenes conjurados se hiciesen con los resortes del poder, ya no resultaban imprescindibles los laureles de los gloriosos generales y éstos eran enviados al ostracismo antes de que pudiesen imprimir, con su acción personal, rumbos distintos a los que andaban en la mente de los oficiales más radicales. Así habían desaparecido de la escena pública Naguib, Spínola y Andom. En el comunicado facilitado por la Junta Militar etíope para justificar la evicción de Andom se expli-

caba que éste se había «excedido en sus funciones» y había pretendido instaurar una dictadura aprovechándose de su «popularidad como general».

Pero la revolución etíope demostraba una mayor dureza que las otras dos que hemos citado, puesto que al día siguiente se anunciaba la ejecución de 60 personalidades, entre las cuales se encontraba el general Andom. Otras de las víctimas eran: los dos ex primeros ministros, Habte Wold y Makonnen; el ex comandante de la Armada y nieto del emperador, contraalmirante Iskander Desta; el ex presidente del Consejo de la Corona, ras Asrate Kassa; los ex ministros de Defensa generales Abiye Abebe y Kebede Guebra; el general Siyum Guede Gorgis, artífice de la lucha contra el FLE; varios otros generales, coroneles, un comandante, un teniente y el ex gobernador de la provincia de Wollo, etc. Todos ellos habían sido trasladados a la prisión central a las veintiuna horas y fusilados cuarenta y cinco minutos más tarde, en pequeños grupos.

El Consejo Militar publicaba inmediatamente un comunicado para explicar las razones de estas ejecuciones sumarísimas. «La mayoría de los que han sido ejecutados—decía el texto—han sido reconocidos culpables por el Consejo de enormes abusos de autoridad, de incapacidad y de injusticias contra el pueblo etíope, así como de haber intentado dividir, según las reglas tribales y religiosas, el movimiento en vigor. Han sido acusados también de haberse enriquecido vilmente mientras que el pueblo moría de hambre.» En cuanto a los dos miembros del Consejo Militar que habían sido ejecutados con el general Andom, se decía que «hubieran debido sacrificarse ellos mismos para permitir alcanzar los objetivos del movimiento popular que ha puesto recientemente fin a tres milenios de despotismo en Etiopía en vez de conjurarse contra el movimiento». Los cuerpos de los ajusticiados eran enterrados por el Consejo y no se permitía a nadie que se hiciera cargo de los restos.

Tan drástica actuación suscitaba la consternación y la condena de una gran parte de los países africanos, muchos de los cuales se inquietaban ante la suerte de Haile Selassie. Seku Ture envió un telegrama al Consejo Militar para que «preserve la vida del emperador en razón a su contribución a la creación de la Organización de la Unidad Africana». En las Naciones Unidas, el embajador de Tanzania, como presidente del grupo africano de la ONU, intervenía para manifestar el deseo de los países africanos de que no se atentase a la vida del negus, y Buteflika, presidente de la Asamblea General, recogiendo este sentir, enviaba un mensaje a Addis Abeba expresando

el deseo de la ONU. Kurt Waldheim enviaba asimismo un telegrama a las autoridades etíopes pidiendo «enérgicamente que se conserve la vida a los otros detenidos». El 28 de noviembre el general Teferi Benti asumía la presidencia del Consejo Militar.

El porvenir de Etiopía, en estas condiciones, resulta una incógnita y sobre él gravitan factores cuya importancia no puede desconocerse.

En primer lugar, Eritrea. Los rebeldes no renuncian a sus objetivos, aunque sus efectivos estén escindidos entre dos fuerzas rivales: el FLE y el PLF (Frente Popular de Liberación). Los eritreos han comprendido que el régimen militar es tan duro e inexorable como el de Haile Selassie. Basta para confirmarlo la ejecución sumaria, en el mes de julio, de 170 civiles eritreos en Hom Aguer, en el confín eritreo-sudanés. Por ello, el FLE, el 24 de noviembre, acusaba al Gobierno militar de mantener la ocupación e intensificar sus campañas en la provincia, para concluir diciendo que «nos enfrentamos a la agresión etíope en cooperación con todos los movimientos nacionalistas». Los nuevos dirigentes han enviado a Eritrea 5.000 hombres de refuerzo y todo parece indicar que se pretende proseguir en el uso de la fuerza para resolver un conflicto que es de índole política. Comprendiéndolo así, el general Adom, eritreo de nacimiento, se había negado a enviar dichos refuerzos, lo que parece ser que influyó en su destitución y fusilamiento. Pero ésta es una realidad que acabará imponiéndose cuando el ejército etíope comprenda que no es posible una solución militar en Eritrea⁷. El FLE y el PLF, durante doce años de luchas, se han consolidado

⁷ En el momento de entrega de este trabajo para su publicación llega la noticia de que el 23 de diciembre habían resultado muertas 20 personas en una serie de explosiones registradas en Asmara y llevadas a cabo por el FLE. Las noticias informaban de choques armados en Assab. El día 25, el Gobierno militar comunicaba que se habían producido enfrentamientos armados en diversos lugares de Eritrea entre fuerzas gubernamentales y rebeldes secesionistas. Un comunicado militar aseguraba que los choques se habían iniciado el día 22, cuando los rebeldes arrojaron bombas de mano en los bares del centro de Asmara, causando cuatro muertos y 41 heridos. Otras siete personas habían sido encontradas muertas en la zona central de la ciudad. Las primeras informaciones indicaban que seis de ellas habían sido estranguladas con alambres y otra apuñalada. El 27 de diciembre, otras 18 personas aparecían estranguladas, en Asmara, con un alambre metálico, siguiendo la ola de asesinatos políticos que sacudía Eritrea. Con estas víctimas se elevaba a 50 el número total de muertes perpetradas en Asmara. Fuentes autorizadas afirmaban que los muertos eran todos estudiantes de edades comprendidas entre diecisiete y veintitrés años. La mayoría de las víctimas habían aparecido junto a las puertas de algunas casas y en las avenidas, y uno fue lanzado desde un coche que circulaba a gran velocidad en la zona céntrica de la ciudad. Las patrullas militares recorrían Asmara tras de una noche en que se habían producido disparos esporádicos de armas automáticas. Todos estos antecedentes confirman la impresión, expuesta en nuestro trabajo, de que la rebeldía de Eritrea no puede ser contenida por medios mili-

firmemente y han ganado la adhesión de masas considerables de la población: no puede ser ignorado ni tampoco vencido militarmente de no recurrirse a un genocidio de tan amplias proporciones que provocaría una repulsa universal susceptible de llegar hasta una intervención exterior. Hoy en día estos movimientos controlan más de la mitad del territorio de la provincia, que ha sido dividida por los insurgentes en cinco *jifils* o distritos, al frente de cada uno de los cuales existe un comité de cinco hombres. La bandera del FLE—azul y blanca, con una corona de palmeras—ondea en muchas aldeas eritreas. Los dirigentes del Frente celebraron durante 1973 en Bisia, en el centro de Eritrea, un Congreso destinado a superar las diferencias entre cristianos y musulmanes eritreos, con el fin de lograr una acción común. Parece que la tentativa tuvo éxito, puesto que hoy existe un pueblo unido prácticamente en sus deseos de independencia. La dimisión colectiva de los 23 diputados eritreos en el Parlamento de Addis Abeba, efectuada el 16 de agosto, confirma significativamente esta apreciación. Frente a esta unidad eritrea, el ejército, viendo en peligro la unidad nacional, se muestra inflexible en su determinación de no conceder ninguna satisfacción al separatismo. Los dirigentes eritreos afirman que Addis Abeba sólo admitiría, como máxima concesión, la creación de una Federación, pero los insurgentes reclaman la independencia y soberanía totales.

En el plano político interno es preciso considerar que la Junta Militar no cuenta con la adhesión plena de los estudiantes, el sector más politizado y preparado de Etiopía, que demuestra irritación—compartida por los campesinos—porque no se haya procedido a la distribución de las tierras cultivables. El 16 de septiembre dos mil estudiantes se manifestaban por las calles de Addis Abeba exigiendo la formación de un Gobierno civil y la Confederación Sindical publicaba un manifiesto en igual sentido. Tres días después, varios miles de estudiantes reproducían su petición congregándose ante el cuartel general de la IV división, siendo brutalmente dispersados por los soldados, que detuvieron a varios de ellos. El día 23 el presidente y el secretario de la Confederación Sindical eran detenidos por los militares. Es decir, que los estudiantes y los sindicalistas no apoyan, por lo menos en masa, al nuevo Gobierno militar.

A su vez, y a pesar de las depuraciones practicadas, los militares no han

tares, sino que deben buscarse soluciones políticas. Se impone una negociación inmediata, ya que el retraso repercute en una agravación del conflicto, provocando muertes y destrucciones innecesarias.

conseguido formar un bloque homogéneo, por lo que las fuerzas armadas permanecen divididas, tal como indican los sangrientos enfrentamientos ocurridos en Addis Abeba el 7 de octubre entre dos facciones militares.

Otro factor negativo son las visibles tendencias separatistas que se desarrollan en varias provincias, especialmente Tigré, bajo la inspiración del poderoso ras Mengesha Seyum, yerno de Haile Selassie, que pueden desembocar en una desmembración del milenar imperio.

También es preciso contar con las reclamaciones de Somalia sobre el Ogaden, reforzadas desde que se han descubierto allí importantes yacimientos de gas y petróleo, explotados por la compañía americana Texaco.

Todos estos factores, puramente internos, han de condicionar la futura trayectoria etíope. Si ahora, trascendiendo del marco nacional, nos remontamos al panorama del Africa austral, surge el interrogante de si el episodio etíope, aparte de sus fundamentales motivaciones de orden interior, no estará desprovisto de una inspiración foránea, ya que se encadena perfectamente dentro de una estrategia global tendente a favorecer el dominio soviético del océano Indico. La Unión Soviética, que, pese a todas las negativas oficiales, mantiene en Berbera (Somalia) una importante base naval, podría conseguir que, merced a la revolución, se procediese al desmantelamiento de las instalaciones militares americanas de Kagnev y se le otorgasen facilidades militares por parte del nuevo régimen. Especialmente en Eritrea, a través de cuyos puertos se puede controlar el mar Rojo. Al propio tiempo, la influencia moscovita en Somalia, ya efectiva, y en Etiopía le permitiría presionar sobre el general Numeiri—que en el Sudán mantiene a raya al más poderoso partido comunista africano—con el objetivo de convertir el «cuerno de Africa» y sus regiones colindantes en una sólida plataforma de valor decisivo respecto del Próximo Oriente y el océano Indico, así como para neutralizar los éxitos conseguidos por la República Popular de China en Tanzania y Zambia. Para estos fines, tras de los acontecimientos portugueses, Mozambique ha de resultar una pieza clave. El último bastión que puede impedir que Moscú controle todos los accesos al océano Indico está representado por la República Sudafricana, por lo cual se advierte últimamente el desencadenamiento de una campaña a fondo contra el régimen de Pretoria para descartar el último obstáculo. Con toda evidencia, los estrategias del Kremlin prepararon, y vienen poniendo en práctica, ambiciosos e inteligentes planes destinados a facilitarle el dominio absoluto del océano Indico—vital para el transporte de petróleo a Occidente—, poniendo en sus

JULIO COLA ALBERICH

manos el resorte que estrangularía energéticamente a sus adversarios, destruyéndolos económicamente e imposibilitando su reacción militar. He aquí cómo los acontecimientos etíopes, al par que han puesto fin al milenarismo reinado de los descendientes de la reina de Saba, están sirviendo para que la Unión Soviética pueda apuntarse un nuevo tanto favorable en la partida que tiene entablada en el continente africano.

JULIO COLA ALBERICH

N O T A S

